

Pórtico caraqueño 2015

—Asombroso, nos invitan a la celebración de los setenta años de mi prima Josefina León —Teresa revisaba la bandeja de correos electrónicos—. Supongo que se acordó de que existimos.

—¿Tenemos que ir?

—No es obligado, pero me da curiosidad, hace siglos que no nos vemos y siempre es interesante saber cómo han envejecido las demás.

—Es mayor que tú, ¿no?

—Unos añitos nada más, jugábamos juntas en la casa de los abuelos León, recuerdo una vez que se puso furiosa conmigo y con mis hermanos porque la obligamos a subirse a un mango y luego no la ayudamos a bajarse. Los Cárdenas y los León estuvimos unidos por generaciones, pero con el paso del tiempo nos distanciamos. Josefina es la hija única de Carmen Sardi, casada con mi tío Julio León, que falleció muy joven en España, creo que ya te lo he contado.

—¿Y cuándo es?

—El sábado que viene, ¿estás ocupado? ¿No quieres acompañar a tu anciana madre y conocer ese lado oscuro de la familia?

—¿Oscuro?, ¿por qué?

—Digo oscuro por desconocido. La fiesta es en casa de su hijo, Marcos Quintero León, que viene siendo tu primo segundo, casado con Silvia Casares, hija de un argentino, a quienes no tengo el gusto de conocer porque no nos invitaron a la boda. ¿Te animas o no?

—Luego te digo. No es tan urgente.

—Por lo menos me llevas hasta allí, viven muy lejos como para irme sola.

Teresa Cárdenas siguió comentando detalles acerca del evento y sus protagonistas y procedió a hacer unas llamadas para confirmar si sus hermanos también estaban convidados.

—Tengo que volver a la oficina. Invítame a almorzar mañana y me terminas de contar —Miguel se levantó y se despidió con un beso—. Hasta luego, madre queridísima.

Cuando llegó a recogerla no había terminado de arreglarse y se sentó a esperarla con calma, su madre no perdía la coquetería con la edad.

—¿Qué tal me veo?

—La más bella del reino.

—Una cosa muy importante, hijo, cuando estemos allá yo te haré una señal y tú tienes que fijarte muy bien en mis contemporáneas para que luego puedas decirme si me veo más joven o más vieja, o igual.

Esta era una consigna repetida siempre que asistían a alguna reunión de antiguos conocidos y sobre todo en los entierros. En los entierros, decía Teresa, es donde más se ve la edad.

Los encargados de estacionar los automóviles los esperaban en la entrada de la casa, Miguel entregó las llaves y subieron los escalones hasta el rellano donde los anfitriones saludaban a los invitados. Una vez adentro, en un amplio salón abierto a una terraza, Teresa se perdió entre sus amigas y con una copa de *prosecco* en la mano se olvidó de su hijo que miraba a su alrededor un poco desconcertado intentando inútilmente encontrar algún rostro conocido o al menos de edad similar. Marcos Quintero acudió en su ayuda, llamó a un mesonero para que lo atendiera, dio innecesarias explicaciones acerca de por qué siendo parientes apenas se conocían, pasó a comentar que la casa era una nueva adquisición y que todavía no habían terminado de arreglar todos los detalles y, a falta de otros temas de conversación con un primo al que veía por primera vez, le dijo: date una vuelta para que la conozcas, me interesa mucho tu opinión profesional. Era una casa años cincuenta, vio Miguel con su ojo de arquitecto, refaccionada en dudoso gusto, aunque con algunos toques elegantes; particularmente le llamó la atención la amplia escalera de caracol en mármol y herrería, probablemente original. Y en una suerte de sincronía o de aparición programada una mujer descendió por ella.

—Tú debes ser Miguel Pimentel, el primo de Marcos.

—Y tú debes ser Silvia Casares, su esposa.

Fue un entendimiento, un pacto, una manera de decirse, nos estábamos esperando.

Cuando salieron había anochecido y comenzaba a caer una lluviecita que pronto se transformó en aguacero.

—Qué cosa, lloviendo en esta época.

—Es el cambio climático, mamá.

—Es el cambio de todo. Espero que no te hayas aburrido demasiado y gracias por acompañarme. ¿No dices nada?

—Voy muy pendiente, entre la lluvia y los huecos de la carretera en cualquier momento nos accidentamos.

Teresa siguió minuciosamente repasando los detalles que le habían gustado y los que no. Miguel la escuchaba de lejos.

—No me hiciste la seña.

—¿Qué seña? Ah, la de si me veías más vieja o más joven que las demás, la verdad, se me olvidó.

—Será que lo estabas pasando muy bien.

Esperó hasta que la vio entrar en el portal del edificio, hicieron un gesto de despedida y Miguel siguió adelante. Una vez en su apartamento encendió la televisión para distraerse con alguna serie y a los pocos minutos la apagó y comenzó a rebobinar la película que había visto aquella tarde.

Te voy a enseñar la biblioteca, es lo que más me gusta de la casa, así había dicho Silvia después del encuentro a los pies de la escalera. Entraron en una habitación con paredes tapizadas de libros dispuestos en estantes de madera noble con doble moldura y sillones Chester en franca imitación de un club para caballeros ingleses. Silvia se sentía orgullosa, había estudiado decoración y no pudo expresar su gusto hasta que finalmente tuvo la casa adecuada para ponerlo en práctica sin atender a los caprichos y fantasías de otros.

—Marcos me dijo que eres arquitecto. He trabajado mucho con arquitectos, pero luego, con los niños, lo fui dejando, hasta que compramos esta casa.

—Te felicito. Me gusta mucho.

Miguel se acercó a los ventanales y tuvo un momento de duda. ¿Aquella mujer le estaba enseñando su casa o buscaba un acercamiento? Le pareció que nadie se sentaba allí a disfrutar de la lectura o del silencio, quizá las paredes estaban insonorizadas porque no se escuchaba absolutamente nada del bullicio habitual de una fiesta caraqueña. Le llamaron la atención dos mesas antiguas, parecían originales o en cualquier caso replicadas por alguien con oficio como el maestro Mora, así decía su abuela Elvira de un ebanista especializado en la imitación de muebles coloniales. Llamen al maestro Mora para que componga la pata del banco del corredor, se la está comiendo el comején. Las mesas estaban ocupadas con fotografías de diferentes épocas y personajes entremezclados aparentemente sin orden. Al revisarlos con mayor cuidado pudo ver que pertenecían a orígenes y lugares distintos, hablaban de familias que en principio no

tenían nada que ver unas con otras y estaban reunidas por azar en aquella biblioteca. ¿Las familias de ellos dos, Silvia Casares Ortiz y Marcos Quintero León? No podía ser de otra manera, y la familia materna de Marcos tendría necesariamente que remitir a la suya. A su padre, Edgar Quintero, solo parecía recordarlo una fotografía del día de la boda con Josefina León Sardi, la prima que hoy celebraba sus setenta años.

—Esta mesa es la de la familia de Marcos —corroboró Silvia— y la otra de la mía. ¿Por cuál quieres empezar?

Miguel iba sintiendo que el tiempo transcurría en un ritmo diferente, como si llevaran mucho tiempo en aquella biblioteca, encerrados sin que pudiesen abandonarla, obligados por algún destino desconocido a permanecer allí.

—Es curioso que aquí se reúnan nuestras familias —Silvia continuaba leyendo sus pensamientos, adelantándose a sus intuiciones—, y que nosotros nunca nos hubiéramos encontrado antes.

—Como si viniéramos de muy lejos.

—Eso es, exactamente. Desde muy lejos hasta hoy.

Comenzaron por la mesa que exponía los retratos de la familia de Silvia.

—Este es Max Brodski, un tío de mi abuela Gala Feldman.

—¿Ruso?

—Del lado de los Feldman eran rusos, judíos rusos, del lado de mi abuelo Ramón Casares, españoles. Venezolana original solamente mi mamá, Marta Ortiz.

—Ya va, vamos con calma. Empecemos por la que se ve más antigua.

—Max Brodski salió de Odesa a principios del siglo pasado y llegó con su esposa a Buenos Aires. Él fue quien ayudó a su medio hermano, mi bisabuelo Lev Feldman, para que emigrara también. Entonces, aquí viene la parte romántica, en el barco que los llevó a Argentina su hija, que era mi abuela Gala, conoció a mi abuelo Ramón, un republicano exiliado después de la guerra civil. ¿Me sigues?

—Creo que sí, parece un curso de historia, aquí estoy viendo una fotografía muy bonita, pero no debe ser ni Odesa ni Buenos Aires porque detrás se ve el Arco de Triunfo.

El portarretratos de bronce contenía la imagen enmarcada en cartulina de una pareja joven con un niño y una niña sonriendo todos al fotógrafo.

—La cosa se complica —rio Silvia— porque cuando mis bisabuelos Feldman salieron de Moscú huyendo de la revolución bolchevique con mi abuela Gala, que era muy pequeña, se instalaron en París y allí nació su hermano Serge.

—¿Y no eran de Odesa?

—La madre de Lev, Lili Rivkin, era de Odesa, pero cuando enviudó de Brodski, su primer marido y padre de Max, se casó con Serguei Feldman y se mudaron a Moscú. Bueno, dejemos a los rusos y vamos a los españoles.

En un marco de plata apareció un niño vestido con uniforme de fútbol.

—Conoce a mi papá, Álvaro Casares, fanático del River desde que nació. Y aquí —señaló otra fotografía— con sus padres el día de su graduación en la Universidad de Buenos Aires por ahí en 1970. Y esta otra en Caracas, casado con mi mamá, Marta Ortiz.

—Tus padres, ¿están aquí?, en la fiesta, quiero decir.

—No, la verdad es que hace tiempo que no los veo. Se divorciaron cuando yo era chiquita, casi que no los recuerdo casados. Papá hace unos años se fue a Argentina y no ha querido regresar, y mi mamá se volvió a casar y ahora vive en México. Soy hija única.

—¡Qué tiempos! Todos dando vueltas por el mundo. Sigamos con las fotografías, es muy cómico esta manera de presentarnos a nuestras respectivas familias.

Miguel se detuvo en una mujer que habían pasado por alto.

—Es Gala, mi abuela rusa francesa argentina.

—Una mujer muy bella.

—Hablaba ruso, que era la lengua de su familia, francés, que aprendió en París, español en Buenos Aires, bastante inglés, y entendía el yidis, que a veces usaban sus padres entre ellos.

En la imagen Gala aparecía en pantalones con un suéter enlazado a la cintura, volteada sonriendo a la cámara y dándole la mano al joven que parecía ayudarla a remontar una colina.

—Esto, ¿dónde era?

—Debe haber sido en Francia.

—Curioso, mi familia también vivió en París en esos tiempos, la época de Gómez y todo eso. Regresaron a Venezuela a finales de los años treinta.

—Pues vamos a verlos.

La primera sorpresa para Miguel fue una impresión digitalizada de una imagen antigua de sus abuelos Cárdenas León en la casa de Caracas. Miguel Cárdenas Martínez, al que habían afrancesado el nombre y llamaban Michel, y Elvira León Plaza, unos novios que crecieron como hermanos, los padres de Teresa, su madre. Allí estaban los niños León Plaza, enfilados en plata, su abuela Elvira, sus hermanos mayores Luis

Antonio y Ricardo, y al lado, en un marco ovalado se veía a Julio, el menor, muy joven, empuñando un arma de cacería en un paisaje de hacienda. Y luego con su esposa Carmen Sardi Salas, los padres de Josefina, la cumpleañera, y otra más de las dos primas, Josefina León y Teresa Cárdenas, jugando en un jardín de mangos y samanes, recogidas en un simple encuadre de plástico que desentonaba del resto, y, por último, Josefina con Edgar Quintero Mantilla el día de su boda. Faltaban dos, sin embargo, que habían quedado ladeadas y medio ocultas entre las demás, la de Luis León Lamadrid y Corina Plaza Egaña, los bisabuelos comunes de Marcos y Miguel, en alguna playa europea; él, de traje oscuro con sombrero blanco, y ella con vestido largo y zapatos de botín, a la sombra de una caseta en la arena. Y otra con los mismos personajes, probablemente el día de la boda, en este caso él trajeado de frac y con sombrero de copa, ella con un vestido escotado de talle cerrado a fuerza de corsé y polisón, tomada en el estudio Fotografía Artística Americana de Próspero Rey en Valencia.

Llegamos al origen de por qué estamos aquí, dijo Miguel. Entonces tuvo una duda y le preguntó a Silvia si sabía quién era el joven que aparecía dándole la mano a Gala Feldman, pero, cuando Silvia iba a responder, la conversación no pudo continuar porque Daniela y Marquitos irrumpieron en la biblioteca, para avisarles que iban a encender las velas de la torta.